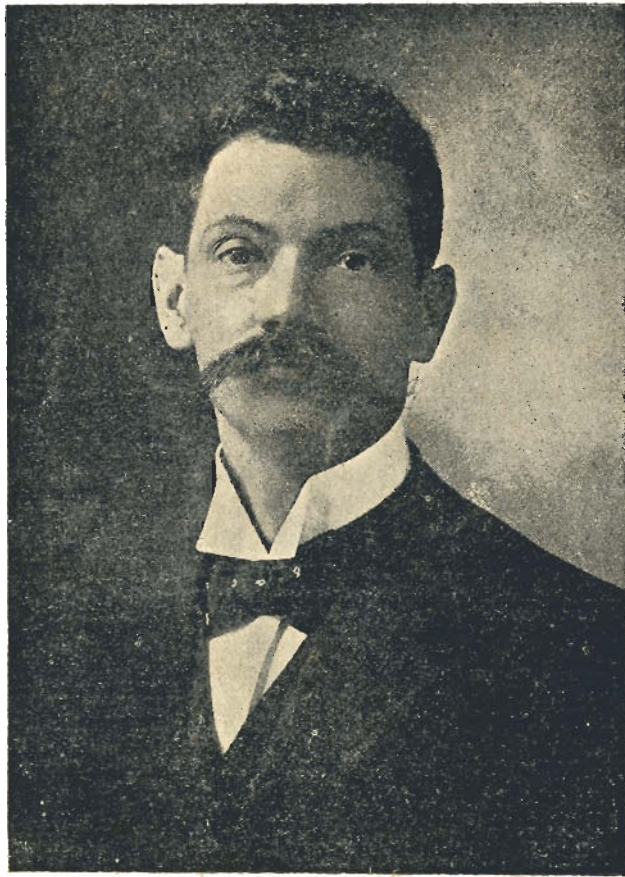


Ateneo de El Salvador

PUBLICACIÓN MENSUAL ILUSTRADA

BIBLIOTECA NACIONAL-HEMEROTECA
SAN SALVADOR, EL SALVADOR, C. A.



DR. DON FRANCISCO BERTRAND
Candidato nacional a la Presidencia de Honduras en el
próximo cuatrienio

Julio de 1915



AÑO III — N. 27

25 cts.
EJEMPLAR

Revista de Ciencias, Letras y Artes

Organo del Centro del mismo nombre - San Salvador. - C. A.

25 cts.
EJEMPLAR

Sumario

1. Derecho Internacional, *por Alonso Reyes Guerra*.—2. La República en Honduras, *por José María Moncada*.—3. Personalidades hondureñas. El doctor Alberto Membreño, *por Paulino Valladares*.—4. Un gran rasgo del general Rafael Uribe Uribe, *por Ramón Correa*.—5. Al poeta lírico Armando Rodríguez Portillo, *por Rafael García Escobar*.—6. Política Internacional Latinoamericana. El A. B. C., *por Enrique Olaya Herrera*.—7. La Guerra, *por Guillermo Valencia*.—8. Amor de Abuelita, *por Roque Palomo*.—9. Medio hostil que rodea a los videntes, *por Juan Ramón Molina*.—10. Homenaje, *por Belisario Calverón*.—11. Educación Cívica, *por José Martí*.—12. Valero Pujol no ha muerto, *por José A. Beteta*.—13. Siempre, *por Alberto V. Montiel*.—14. Flor de Hospital, *por Vidal Mejía*.—15. El Misterio de la Gioconda, *por Joselin Robles S.*—16. Las Riquezas de la Atmósfera, *por Miguel de Toro Gisbert*.—17. Comienza la lucha, *por Edmundo de Amicis*.—18. Glosa al Himno, *por David Peña*.—19. ¿Virtud?, *por Francisco Pi y Arsuaga*.—20. A un poeta. Romántica, *por Joselin Robles S.*—21. La cultura literaria de un pueblo, *por Guillermo Andreve*.—22. Bibliografía.—23. Notas y Apuntes.

Socios Honorarios

Don Francisco Gavidia.
 Don J. Antonio López G.
 Dr. Alonso Reyes Guerra.
 Dr. Salvador Rodríguez G.
 Dr. Francisco Vaquero.
 Dr. Víctor Jerez.
 Dr. Santiago I. Barberena.
 Don Calixto Velado.

Socios Correspondientes del Ateneo

En El Salvador.

Dr. Federico Vides Santa Ana.
 Dr. Secundino Turcios Santa Ana.
 Don Angel R. Fortín Santa Ana.
 Don Alfonso Espino Santa Ana.
 Don Max. Jiménez Guillén. Santa Ana.
 Don José Valdés Santa Ana.
 Don Antonio L. Berdugo Santa Ana.
 Dr. Abraham Rivera Sonsonate.
 Don S. Cortés Durán Sonsonate.
 Don Rubén Cardona Chalchuapa.
 Dr. Alberto Luna Santa Tecla.
 Don N. Viera Altamirano San Miguel.
 Don Alonso A. Brito San Miguel.
 Don José Héctor Paz San Miguel.
 Dr. David Turcios, h. Gotera.
 † Don Carlos Javier Guerrero Zacatecoluca.
 Señorita María C. García Santiago de María.
 Dr. Rafael B. Colindres Santiago de María.
 Dn. Miguel Román Peña Zacatecoluca.
 Dr. Sarbelio Navarrete San Vicente.

Guatemala.

Licenciado José Rodríguez Cerna.
 Licenciado Francisco Contreras B.
 Licenciado Virgilio Rodríguez Beteta.
 Licenciado Eduardo Aguirre Velásquez.
 Licenciado Adrián Recinos.
 Don Rafael Arévalo Martínez.

Honduras.

Licenciado Rómulo E. Durón.
 Licenciado Esteban Guardiola.
 Licenciado Luis Andrés Zúñiga.
 Dr. José Dols. Corpeño.
 Don Rafael Heliodoro Valle.
 Don Benjamín Urbizo Vega.
 Licenciado Samuel Lainez.
 Licenciado Salatiel Rosales.
 Licenciado Ricardo de J. Urrutia.
 Licenciado Julián López Pineda.
 Don Adán Canales.
 Don Abel García Cáliz.
 Don Augusto C. Coello.
 Licenciado Luis Mejía Moreno.
 Licenciado Paulino Valladares.
 Don Vidal Mejía.
 Don Matías Oviedo.

Costa Rica.

Licenciado Ricardo Jiménez.
 Licenciado Cleto González Víquez.
 Licenciado José María Zeledón.
 Licenciado Luis Cruz Meza.
 Doctor Manuel Castro R.
 Licenciado Tobias Zúñiga Montúfar.
 Don Roberto Valla Jares.
 Don Justo A. Facio.
 Don Roberto Brenes Mesén.

Nicaragua.

Dr. Santiago Argüello H.
 Don José Olivares.
 Don Hernán Robleto.
 Don Antonio Medrano.
 Dr. Cimón Barreto.
 Don Juan R. Avilés.

Ateneo de El Salvador

Director.
SALVADOR TURCIOS R.

REVISTA DE CIENCIAS, LETRAS Y ARTES
Organo del Centro del mismo nombre

Redactores.
JOAQUÍN ZALDÍVAR □□
ALBERTO V. MONTIEL.

AÑO III

SAN SALVADOR, JULIO DE 1915

N. 27

DERECHO INTERNACIONAL

Contestación del doctor Alonso Reyes Guerra, a "The Carnegie Endowment for International Peace," acerca de ciertos puntos que se relacionan con la próxima Conferencia de La Haya.

Hamburgo, 20 de marzo de 1914. — *Carolinenstrasse, 5.*

Honorable señor Director:

Me ha favorecido la honrosa comunicación que Ud. se sirve dirigirme en nombre de «The Carnegie Endowment for International Peace» y en solicitud de mi opinión acerca de ciertos puntos que se relacionan con la próxima Conferencia de La Haya, en 1915. Debo agradecer a Ud. sinceramente el honor con que me distingue; y aunque mis opiniones, tratándose de tan importantes asuntos internacionales, tienen una modesta significación,— el positivo interés que me inspira el buen éxito de las Conferencias de La Haya, me anima a contestar las diversas cuestiones propuestas en su citada comunicación.

*

1. — «¿Deberá celebrarse la Tercera Conferencia de La Haya en 1915, o en fecha posterior?»

Dada la momentánea situación de la política internacional del continente americano creada por los sucesos de la guerra civil en México, y agravada por la actitud particular del Gobierno de los Estados Unidos, respecto de los mismos,— pienso que la fecha de 1915 recomendada por la Segunda Conferencia para la celebración de la Tercera, no sería la mejor indicada para un acto como ése, trascendente en los destinos del mundo. Serán de tal naturaleza y de tan inmenso alcance los puntos de discusión que habrá de abarcar el programa de la Tercera Conferencia, que estimo necesario, casi indispensable el señalamiento de una fecha posterior para su celebración. Más tarde, y atendidas las circunstancias de la política internacional americana, podría fijarse una fecha adecuada con la mira de asegurar la participación de la totalidad de nuestras Repúblicas en la Conferencia.

*

2. — «¿Qué puntos deberán ser incluidos en el programa de la Conferencia?»

Juzgo, — y puedo mencionar, — cuatro puntos como de excepcional interés político en las relaciones internacionales de los Estados independientes de América, entre sí, y con el resto del mundo; y de cuya solución favorable depende esencialmente el triunfo completo de los hermosos ideales de paz universal que la Conferencia persigue con nobilísimo esfuerzo y con admirable espíritu de justicia y de humanidad.

Hélos aquí:

I. — Interpretación y declaración del propio sentido jurídico de la «Doctrina Monroe» como regla conservadora y protectora de los Estados soberanos constituidos en América, según la mente legítima de su proclamación original. La fórmula precisa y exacta de interpretación y declaración de esta «Doctrina» como principio de Derecho internacional, consagrado por reconocimiento expreso de todas las naciones civilizadas, no puede ser otra que la siguiente:

«La conquista queda definitivamente proscrita en el continente americano.»

La «Doctrina Monroe» ha degenerado hasta convertirse, por toda clase de motivos, en instrumento caprichoso del moderno expansionismo; en amenaza continua de absorción comercial y de predominio político de Estados Unidos en América, con desconcertante menosprecio de sus tradiciones históricas y del honrado ejemplo democrático y de genuino liberalismo de los eximios fundadores de la gran República.

Sería, por consiguiente, incalculable y de inmediata eficacia la influencia benéfica que alcanzaría la proclamación solemne de semejante principio de justicia como regla invariable del Derecho internacional, aplicable a la vida de relaciones exteriores de los Estados libres de América, — y como desiderátum de las más altas aspiraciones de paz y de progreso, de consolidación democrática y autónoma de nuestras nacionalidades en el futuro.

*

II. — Aceptación incondicional del principio de la «Doctrina Drago» como regla general y uniforme del Derecho de Gentes; principio contenido en esta fórmula:

«Toda reclamación pecuniaria entra en el dominio exclusivo del derecho interno, y en ningún caso podrá legítimamente apoyarse con la coacción internacional.»

Definida la «Doctrina Monroe» como principio del Derecho de Gentes, que proscribiera en absoluto la conquista, es decir, la violencia y la fuerza bruta que hieren de muerte los derechos fundamentales y sagrados de los pueblos constituidos en nación libre e independiente, — el principio de la «Doctrina Drago» se impone como forzosa consecuencia de aquél. Sin el segundo, el primero no constituiría una base firme en su aplicación internacional como ley de seguridad y defensa de la autonomía de los Estados soberanos. Y ambos principios concurren felizmente y de modo perfecto a dar sólida garantía de vitalidad a los verdaderos derechos fundamentales de los mismos Estados soberanos.

*

III.—Proclamación extensiva del principio de *no intervención*, haciendo desaparecer las *excepciones* admitidas todavía, y con las que se destruye la fuerza misma del principio.

Para cultivar estrecha y fructuosamente las relaciones amistosas entre los Estados que forman la comunidad internacional, sobre el pie de una sincera confianza mutua y de una perfecta igualdad de derechos como personas jurídicas internacionales,—no hay, no puede haber otro medio positivo y justo, que el de llevar a una realidad tangible el reconocimiento y el respeto de los derechos fundamentales de los Estados en todas las esferas de manifestación de su actividad política interior y exterior. La soberanía e independencia de un Estado, por pequeño y débil que sea; su integridad de territorio; su derecho de conservación personal; su capacidad de obrar, y sus privilegios de igualdad ante el Derecho, son atributos que no deben ni pueden violarse ni menoscabarse en lo más mínimo, directa ni indirectamente, bajo ningún pretexto, dentro de la vida propia del Derecho internacional. Esta es la única, la sola fuerza generativa, la fórmula suprema de la paz universal, del adelanto humano, de la bienhechora armonía entre los pueblos, de un ideal, en fin, de verdad y de justicia que eleva el pensamiento manteniéndolo en lucha noble y perseverante por conquistar un estado superior de civilización.

Si se proscriben del campo del Derecho la *conquista*, la *coacción internacional* por reclamos pecuniarios, y, además, las *excepciones* admitidas para el ejercicio de atentatorias *intervenciones* en los negocios interiores de un Estado,—la paz de las naciones libres quedará cimentada sobre bases inmovibles; poderosamente vinculados sus sentimientos de amistad, y en acción fecunda todas sus fuentes de prosperidad y de grandeza.

Para que las *intervenciones* directas o indirectas, queden absolutamente desechadas y condenadas en la doctrina del Derecho de Gentes y en las conclusiones de los congresos de paz internacionales, debe,—entre otras pertinentes medidas,—acordarse y fijarse la responsabilidad de los extranjeros que personalmente se mezclan en los asuntos políticos de otro Estado. Mi dictamen, en este caso, se concreta como sigue:

«Los extranjeros que voluntariamente se mezclan en guerras civiles, o disensiones políticas, pierden por este solo hecho su condición de extranjeros y quedan sujetos a las leyes penales que regularmente se aplican a los nacionales, cualquiera que sea el rigor de dichas leyes, y sin lugar a reclamaciones por parte del Estado de su pérdida nacionalidad».

La historia de América registra una larga serie de sangrientos conflictos políticos interiores y de complicaciones internacionales, unos y otros promovidos principalmente por ciudadanos extranjeros, agitadores por sistema, y ambiciosos incorregibles de especulaciones en alta escala. El ejemplo reciente de Nicaragua, en Centro América, y el actual de México, lo confirman; y enseñan también, con toda evidencia, cómo se practica el designio de *intervenciones indirectas*, por medio de los *capitales particulares*.

Los extranjeros que juegan aventuras políticas,—ya exponiendo sus personas, o sólomente sus capitales,—en donde no tienen derecho

de inmiscuirse en ellas, sin duda lo hacen porque cuentan,—en todo caso de reverses,—con la protección franca e interesada de su país de origen. Esta protección que el Estado dispensa, con todo su poder, a sus nacionales después de que ellos han violado gratuitamente los deberes internacionales que les impone su condición de extranjeros respecto de las cuestiones políticas del país que les brinda hospitalidad y les ofrece toda clase de oportunidades para labrarse legítimamente un porvenir económico, o para el establecimiento y desarrollo de sus empresas de negocios, bajo la protección y garantía de sus leyes,—no es, en último resultado, sino una forma indirecta,—pero efectiva,—de *intervención*, siempre ilícita y funesta como cualquiera otra. Y cómo podría calificarse de otro modo esa extraña forma de *intervención* de Estados Unidos en México? No vale ella, por cierto, como un fracaso de los más elementales principios del Derecho de Gentes y de la justicia que resplandece en esos principios, y como una crueldad humana, puesto que favorece la prolongación de una tremenda guerra civil hasta hacerla crónica? Tal sucede a vista y paciencia de un gran Poder civilizado; y este gran Poder civilizado se muestra impotente para evitar, en sus propios dominios, las provisiones de materiales de combate y de dinero para los revolucionarios. Un gran Poder civilizado que quiere la paz, pero imponiéndola por intervención directa; y porque no la consigue por los medios imperativos que emplea, está contribuyendo por una *intervención indirecta* a mantener la guerra civil con todos sus desastres y calamidades. Contrasentido lamentable!

Es urgente, pues, que los publicistas y los jurisconsultos analicen seriamente los hechos innegables de esa especie; hechos que la conciencia pública, ilustrada y recta en el universo, reprueba como perturbadores de la vida regular y pacífica de los Estados, en sus recíprocas relaciones; y que,—en vista de tan extraordinarias anomalías creadas en el concepto filosófico del Derecho y en la práctica del comercio internacional, por los grandes Estados con grave detrimento de los primordiales intereses de las naciones débiles,—mediten y propongan una *declaración extensiva* del principio de *no intervención*, en todos sus aspectos posibles, de tal manera que pueda salvarse el principio indiscutible de la *igualdad de los Estados* ante el Derecho, cuya expresión más clara y autorizada se debe al eminente Sumner, al hablar en el Senado de Washington así:

«No conviene hacer a una nación pequeña y débil lo que no haríamos a un pueblo grande y fuerte y lo que no permitiríamos que se hiciese contra nosotros».

*

IV.—Institución del *arbitraje obligatorio* para todas las controversias internacionales que *originalmente surjan* entre los Estados después de la adopción y vigencia de este principio como regla fundamental del Derecho de Gentes.

El inmenso prestigio que la idea del arbitraje obligatorio ha alcanzado ya en el concepto de los publicistas y jurisconsultos modernos y la casi uniforme opinión que reina sobre la necesidad de instituirlo jurídicamente como ley de las naciones para solucionar las contiendas de cualquiera índole que entre ellas surjan, por medios enteramente pacíficos y que permitan la aplicación serena del Derecho y realicen

los mayores anhelos de justicia en la vida común de los pueblos civilizados,—constituyen elocuentísimo argumento para justificar el más vivo deseo de que este número figure entre los primeros del programa de la Tercera Conferencia de la Paz.

Es oportuno observar que los Estados que oponen resistencias al arbitraje como institución obligatoria, sólo demuestran una atención preferente a sus especiales intereses, creados por éxitos de fuerza y todavía pendientes de arreglo satisfactorio y definitivo; sin desconocer la bondad y la excelencia del principio y método arbitrales, que ni siquiera se discuten. Es lógico, entonces, buscar un término de conciliación que pueda salvar las dificultades, alejando inquietudes acaso bastante fundadas, y llevando al ánimo el convencimiento de que nada significan el sacrificio y aun el olvido de los agravios pasados, cuando se trata de prevenir nuevas desgracias y de resguardar más grandes y trascendentales objetos internacionales: la existencia misma y la soberanía absolutas de las naciones menos fuertes.



Las tendencias pacifistas que se manifiestan con celoso empeño y entusiasta fe en el momento actual de nuestra civilización, y que se acreditan por esfuerzos brillantes y generosos, lo mismo en el terreno social y económico que en el de las ciencias jurídicas y políticas,—no tienen una síntesis más pura ni un objetivo más claro y substancial, que la síntesis y el objetivo singulares que caracterizan y recomiendan el conjunto de materias comprendidas en los cuatro puntos anteriores, de propósito señalados para el programa de la Tercera Conferencia.

Si la paz es un bien inestimable y necesario para el progreso de la sociedad, para la dicha del hombre y para el perfeccionamiento humano,—el enorme obstáculo que impide su establecimiento normal y perpetuo, es el hecho odioso y en boga de la *conquista*, o el constante y posible temor de ella. Los Estados pequeños y débiles viven en eterna zozobra, en incertidumbre penosa, sacrificando estérilmente sus energías y sus preciosos recursos económicos, y retardando su desenvolvimiento educativo y la explotación de sus elementos de riqueza y de prosperidad,—porque se sienten obligados a ocuparse en atenciones y preparaciones de legítima defensa contra el espíritu hostil y agresivo de los Estados conquistadores, envanecidos de su potencialidad y codiciosos de un absurdo y bárbaro monopolio de fuerzas en el mundo.

Borrados del código moral y jurídico de las naciones el hecho salvaje de la conquista; la coacción internacional para la cobranza de las deudas públicas, y las intervenciones, directas o indirectas; y admitido, en forma conciliadora, el arbitraje obligatorio para resolver los conflictos de intereses o de pretensiones que originalmente ocurran en lo futuro,—se habrán moderado y reducido a sus límites racionales las inicuas ambiciones de los Estados poderosos, ganándose gloriosamente, en el terreno científico y político del Derecho, y por la fuerza incontrastable del pensamiento, la batalla decisiva en favor de la soñada paz del mundo. Y luego, el genio maravilloso del progreso humano, podrá batir sus alas en un espacio infinito de libertad y de justicia.

•

Sobre las cuestiones a que se refieren las números 3, 4 y 5 siento mucho abstenerme de expresar a Ud. mi parecer, porque no estoy en posesión de los datos que podrían servirme de antecedentes para formar un criterio particular.

Tengo que privarme también de contestar a las preguntas de los números 6 y 7 por carecer de las informaciones que en ellas se mencionan. Hace algunos años que vivo ausente de mi país, El Salvador; circunstancia que explica mi desconocimiento de los trabajos que por las Comisiones respectivas hayan sido preparados para la Tercera Conferencia de La Haya. Ignoro, asimismo, lo que se hubiese hecho por Asociaciones y Sociedades, anticipándose a la Conferencia.

*

Abrigo la esperanza de que Ud. se dignará acoger con benevolencia mis anteriores opiniones, sentidas y externadas con lealtad. Las comunico a Ud. sin ninguna clase de reservas, pudiendo publicarlas si Ud. lo creyese conveniente.

Con sentimientos de profundo respeto y de elevada consideración, me es grato suscribirme de Ud. muy atento servidor,

ALONSO REYES GUERRA.

LL. D.

Honorable señor doctor

JAMES BROWN SCOTT,

Director del Departamento de Derecho Internacional

WASHINGTON, D. C.

La República en Honduras

Lo que acaba de suceder en Honduras no es cosa que puede pasar sin comentario y sin elogio, como una muestra de vida verdaderamente republicana, rara, rarísima en nuestras latitudes.

Para aceptar su candidatura, deposita el doctor Bertrand la Presidencia, y llama a la silla presidencial a uno de los hombres más conocidos, no digamos en Honduras, sino en el Continente, al doctor Alberto Membreño.

El doctor Membreño es uno de los pocos que pueden decir en

Centro-América: «Yo no he pecado, yo no he ido a la guerra de hermanos contra hermanos, yo sirvo a la Patria, la Patria es mi único bien.»

Y es muy hermoso hablar así. Tiene entonces el lenguaje verdadera autoridad. No ser sectario, no amar más el partido que a la nación, no querer el bien sólo para nosotros mismos, sino para nuestros conciudadanos, llevar vida de pensador y de propagandista de la justicia, esos son los altos fines del hombre. Alberto Membreño así fue siempre.

En España defendió los intereses de su país, en México supo honrarlos, en Estados Unidos fue alma de muchas nobles conquistas de su Patria. Consuela saber que ya hay pueblos como Honduras que saben escoger a sus hombres para llevarles al gobierno; en donde al colocarse el vicio frente a frente del honor, es preferido el hombre honrado. Consuela saber que existe una tierra centroamericana en la cual se premia a los modestos sabios, a los que aman solo a la Patria, a los que se desvelan por el progreso de las generaciones.

Parece que el doctor Membreño será postulado candidato a la Vicepresidencia de Honduras y que su nombre es hoy día, querido por todos los hondureños y respetado en todas partes.

Nada más hermoso para un centroamericano nacionalista que mirar una democracia naciente, un pueblo viril que se rinde a las justas republicanas. Ese pueblo es digno de felicitaciones. Ese pueblo es Honduras. De todas veras consagramos estas líneas en su honor.

JOSÉ MARÍA MONCADA.

Personalidades Hondureñas

El doctor Alberto Membreño

Conocí al Doctor Alberto Membreño a fines de 1895, en el colegio *El Espíritu del Siglo*. Divagaba entonces en la inocente edad de los trece años, y en mi pobre imaginación los hombres y las cosas tomaban proporciones sorprendentes.

Maximiliano Sagastume, buen maestro de castellano, pidió que se nombrara miembro del jurado examinador al Dr. Membreño, como el más competente en la materia de los letrados hondureños. Los sustentantes, agradecidos y nerviosos, cobraban estímulo y repasaban el libro y los apuntes con ansiedad febril.

Pasaron los años, y encontré más tarde al Dr. Membreño en la Universidad, explicando lecciones de Código Civil. Todavía se estudiaba en ese centro de cultura y de luz; todavía José María González, con su verba espon-tánea, hacía comprensi-



DOCTOR DON ALBERTO MEMBREÑO

Actual Presidente de Honduras, en su caracter de Primer Designado

ble la enrevesada metafísica alemana.

No era el Dr. Membreño en la cátedra un expositor ampuloso y elecuento; pero nadie como él para hacer fácil lo difícil, en dos palabras, con explicación sencilla, con argumentos claros, encontrados al alcance de la mano, sin los rebuscamientos dolorosos del ignorante.

Transcurre el tiempo, y en las ondulaciones de nuestra política mediocre, fui a las filas opuestas del sotismo en 1902; pero siempre tuve para el Doctor Membreño la consideración más cumplida, y aún en el momento de la controversia, cuando se esgrime la pluma defensora, dije de él en el diario *La Prensa*, en noviembre de 1908, «el que éstas líneas escribe tiene la obligación, por deber impuesto a sí mismo, de respetar al señor Doctor Alberto Membreño, en todo lo que en asuntos personales pueda suscitarse, ahora y siempre.» En esa obligación existe algo más que el agradecimiento y la amistad para con el maestro distinguido.

Es el Dr. Membreño un espíritu nutrido. A sus viajes hay que agregar su inagotable afición por la lectura. Es un bibliófilo. José Dolores Gámez fué a España, cuando se discutía la cuestión de límites entre Nicaragua y Honduras. A su regreso, en la ciudad de Granada, le pregunté:

—Y el Dr. Membreño?

—Comprando libros, como siempre, me contestó, en son de elogio, no obstante de ser abogado de la causa contraria.

Los que leemos literatura de propaganda o novelas insulsas, no apreciamos el desgaste cerebral que requieren ciertos estudios serios, de paciencia, constancia y rigorismo lógico. Los *Hondureñismos* de Membreño y su nomenclatura de los nombres geográficos, valen en cualquier país del mundo como obras serias de filología. Quizás el mismo

Dr. Membreño tenga que hacer las enmendaturas que toda obra humana requiere, por la forzosa rectificación de la experiencia, pero el fundamento de la sabia labor queda inconvencible.

Un abogado amigo mío se quejaba en Nicaragua. «Aquí, decía, como es costumbre en estas democracias vacilantes, se legisla a cada momento, y nadie se ha ocupado de escribir un cuerpo de doctrina procesal, que señale orientaciones generales para el jurisconsulto. En cambio, ustedes tienen la *Práctica Forense* de Membreño, que yo conservo; lo que demuestra que entre ustedes hay dedicación y seriedad en los estudios jurídicos.» Y lo que son las cosas de este mundo: yo, abogado de Tegucigalpa, no conocí en Honduras la *Práctica Forense*. Fui a leerla a un país vecino, con el interés con que se ve siempre de lejos todo lo que a la Patria se refiera.

Se cree a veces que la calidad y el número de puestos públicos que ha ocupado un hombre definen su valor intrínseco. Y esa regla falla muchas veces. El Dr. Membreño ha sido magistrado, ministro diplomático y ha tomado parte activa en la política del país; pero prescindiendo de su categoría oficial, tiene méritos positivos, esenciales, por su inteligencia, por su cultura y por su labor científica dilatada y provechosa para la República.

En esta época de afianzamiento pacifista, el contingente del Doctor Membreño ha sido y seguirá siendo fructífero para la Nación, y de seguro él, caballero civil y comprensivo, encaminará su esfuerzo en el sentido de que la paz sea inalterable y fecunda.

PAULINO VALLADARES.
(Socio Correspondiente)

Tegucigalpa, junio de 1915.

Un gran rasgo del general Rafael Uribe Uribe

Cuando el General Rafael Uribe Uribe empezó a fundar su hacienda de Gualanday, en el Municipio de Fredonia, se hallaba demasiado relajada la disciplina del trabajo en los grandes cafetales. El dueño de la finca hizo construir unas cuantas habitaciones para jetes de familia que trajesen brazos a la empresa. Un día dispuso el General que sin misericordia arrojaría de su casa a aquel que no cumpliera sus compromisos y señaló una fecha determinada para la entrega de los trabajos de cada colono.

Manuel Fernández era un famoso peón, natural de Medellín, valeroso hasta la temeridad, soldado al servicio del General en varias campañas. Tenía un solo inconveniente: en veces se entregaba a la bebida y pasaba varios días en completa ebriedad, de tal manera que se olvidaba por modo imponderable de sí mismo. Permanecía sin alimentarse y descuidaba su familia, sus quehaceres y todo. Fernández, que era siempre fiel a su patrón, expuso su vida varias veces por el General Uribe Uribe, no sólo en los campos de batalla, sino, aún más, alguna ocasión en la plaza de X, en donde un enemigo político le disparó al General varios tiros de revólver. Fernández recibió uno de esos tiros en un brazo y logró desarmar al agresor.

Esta circunstancia obligaba a Uribe Uribe a guardar consideraciones, cariño, verdadero afecto a quien había expuesto su vida por salvarlo.

Un 20 de mayo debía el General Uribe regresar a Medellín y sus *destajeros* debían entregarle sus trabajos desde el 18. Todos cumplieron, menos Fernández.

—¿Dónde está Manuel?—preguntó el jefe.

—Está tomando hace tres días, dijo la mujer que era una sirvienta honrada y muy guapa.

—Y él no sabe, replicó el patrón, que yo he ofrecido arrojar de su casa como de la hacienda, a quien quiera que no entregue hoy el trabajo a que estaba comprometido?

—General, por Dios, dijo la esposa, piense a dónde iré yo con mis hijos, sin marido, y lejos de la protección de usted.

—No hay remedio, dijo Uribe Uribe.

A la sazón estaban allí varios de los contratistas en trabajos con el General. Venían a entregar sus destajos.

Pagó lo que se les debía a los peones y éstos se marcharon felices porque podían contar con su casa, con su huerto, con su leche, con el derecho de criar sus cerdos y aves de corral y con la protección no desmentida del dueño de la gran propiedad.

Entre tanto la mujer de Fernández lloraba inconsolable y entonces el General le dijo:

—Mande usted decir a Manuel que venga, y sepa usted que si mañana a las seis no está terminado el trabajo lo arrojé inexorablemente de aquí.

La noche vino y Manuel no pareció. La luna brillaba majestuosa en el Oriente. Era un plenilunio seco, hermoso y provocador en las tierras calientes. Las gentes de la hacienda se durmieron.

El cansancio y la tranquila placidez de la conciencia incitan a los héroes de la montaña al descanso y al sueño. En veces despertaban los que ya habían concluido sus trabajos y se preguntaban—quién estaría a esa hora en el remo, quién esgrimiría el hacha allá en el monte, en

las orillas del Poblanco.—Siempre será Manuel, decían los peones, que para no perder sus comodidades ha venido al trabajo en esta noche. El General dijo que si por la mañana no estaba terminado el trabajo del río, le quitaba a Manuel la casa y todo.

Hasta cerca de amanecer se oyó el ruido del hacha del lado abajo de la finca.

A la mañana siguiente, el General quiso despedirse de sus trabajadores. Faltaba Fernández. De repente se le vió venir allá por la senda que conducía desde el río hasta la casa grande.

—Mi General, buenos días.

—Manuel, recoja sus cosas y váyase, le dijo Uribe.

—¿Por qué, mi patrón?

—Porque usted sabe que ya prometí, delante de todos ustedes, que al que no me entregara sus trabajos el 18, le echaría de la hacienda.

—Precisamente, le repuso Fernández, venía a decir al General que mi trabajo está concluido.

—¿Como así, si ayer tarde no lo estaba?

—No puedo decir a mi Jefe. Sería la Virgen, porque yo vine esta mañana, fui al corte y lo encontré acabado.

—Quédate Manuel, y aprende a ser cumplido. Averigua quien te hizo lo que te faltaba, agrádeselo y no vuelvas a beber.

Jamás volvió Fernández a tomarse un trago. . . pero tampoco supo que el General Uribe Uribe había acabado, con sus propias manos, el trabajo del Poblanco.

RAMÓN CORREA.

Bogotá.—(Colombia) 1915

Al Poeta Lírico

Armando Rodríguez Portillo

Poeta:

Hastiado de la vida,
de esta vida brumosa,
donde todo es mentira,
donde el alma no goza,
has levantado el vuelo
por una eternidad!...

Las flores del ensueño
se abrieron a tu paso—
lo grande fue pequeño—
se enluteció el Parnaso
cuando emprendiste el vuelo
a la mansión astral...

Las aves de tus rimas,
sutiles y hurañas,
tornaron a las cimas,
huyendo de la vida,
cuando tu mano fuerte,
con arma de suicida
te abrió paso a la muerte!...

El velo del misterio
cubre a la humanidad:
hay un puente: el cementerio!
qué une a la eternidad!...
La razón desfallece,

la razón es pequeña:
la duda vive, crece
y se convierte en volcán!...

La fe desaparece
más rápida que el rayo,
que el viento huracanado
y todo se aparece
pálido y desmembrado!

¡Oh, cielos infinitos!
¡Oh, noches sin estrellas!
¡Oh, espíritus proscritos
que en la sombra destellas,
revélame el misterio
de la posteridad!
¡Salve, Poeta iluso,
soñador desdichado!

¿Qué haces ahí de intruso,
acaso te han llamado?...
Dime ya que llegaste
al reino de la muerte
¿qué es lo que ahí encontraste,
qué es lo que ahí se advierte?
Explicame el misterio
de la vida y la muerte!...

RAFAEL GARCÍA ESCOBAR.

Política Internacional Latinoamericana

EL A. B. C.

I

Las conferencias celebradas por los Ministros de Argentina, Chile, y Brasil, así como las recíprocas visitas que acaban de hacerse, tienen, fuera de duda, una verdadera importancia diplomática y habrán de recordarse en el futuro por su trascendencia en la política internacional de América. Pero esa trascendencia no será en el sentido que indica el despacho que aparece fechado en Buenos Aires, sino en otro muy distante de entrañar peligro para los países débiles de la América del Sur.

Es simplemente un absurdo la supuesta repartición del resto del Continente entre las Repúblicas del A. B. C. Desde el día en que principió a señalarse con cierta uniformidad la acción política de aquel grupo de Estados, lejos de significar una amenaza para las otras nacionalidades de Sur-América, ha representado para ellas una tendencia inspirada en los mejores sentimientos de amistad. Ha sido como la iniciación de una garantía que con el andar de los tiempos, afirmará su eficacia. Los servicios que las naciones del A. B. C. prestan a las otras Repúblicas hispanas en los casos que tienen un interés político de carácter suramericano, aumentan, por la naturaleza misma de los hechos, la extensión de su prestigio.

Cuando Argentina y Brasil ofrecieron, asociados a los Estados Unidos, su mediación en el conflicto de 1910 entre el Ecuador y el Perú, contribuyeron eficazmente a salvaguardar la paz americana y evitaron para los dos pueblos amenazados por la guerra, una de esas

situaciones sobre las cuales no es posible el olvido perdurable y sincero.

El otro acto solemne del A. B. C. está representado por la mediación en el conflicto entre México y los Estados Unidos, y en esa vez fué realmente feliz la inspiración de las Cancillerías suramericanas. Que la iniciativa hubiera surgido espontáneamente en Itamaraty, en la Casa Rosada o en la Moneda, o que ella fuera resultado de una sugestión de la Casa Blanca, es lo cierto que el A. B. C. asumió entonces una acción aplaudida por la opinión pública suramericana y a la cual prestaron gustosos su adhesión moral los gobiernos de las otras Repúblicas del Nuevo Mundo.

Cuando terminadas las negociaciones entre Colombia y los Estados Unidos vean la luz pública todos los documentos que contienen la historia de tan doloroso conflicto, podrá apreciarse igualmente cómo dentro de los discretos términos impuestos en tales casos por la diplomacia, también existen en el A. B. C. iniciativas que responden a un sentimiento de amistad grato para Colombia, y cuyas tendencias lejos de entrañar una amenaza para los débiles o una apología para los proceder violentos del más fuerte, significan precisamente todo lo contrario.

Es evidente que las conferencias de Buenos Aires y de Santiago interesan a todo Sur-América. No se reúnen hombres de Estado tan prominentes y capaces como los señores Müller, Murature y Lira, sin que sus cambios de ideales tengan proyecciones impuestas por la situación de

influencia moral adquirida por los Estados que ellos representan, y aparte de los asuntos referentes sólo a la amistad y armonía de las tres Repúblicas del A. B. C. habrán considerado también aquellos que tienen una trascendencia continental.

La apertura del Canal de Panamá, modificando las condiciones económicas de las dos Américas, aportará cambios de naturaleza política, y para los Gobiernos del A. B. C., no habrá de pasar sin seria consideración tales problemas, ya se refieran a los países suramericanos entre sí, ya se trate de los que existen o puedan crearse con relación a los Estados Unidos. Es digno de ser deplorado que el Gobierno de Colombia resuelva mantenerse perfectamente ajeno al desarrollo de la vida exterior de los tres grandes Estados de Sur-América, considerando, tal vez, que

su conocimiento en nada nos interesa, y prefiera llevar la representación diplomática de la República, no más activa pero sí más vistosa, a la Corte Española y al Ministerio de Negocios Extranjeros de Francia.

La reunión de los tres Cancilleres, brasilero, argentino y chileno, hubiera dado loable oportunidad a los Diplomáticos de Colombia para buscar una entrevista con los Embajadores americanos en Buenos Aires y Santiago, favorable a la más rápida aprobación de los tratados que resuelven las diferencias nacidas de la separación de Panamá. El Gobierno de Colombia sabe, o debe saberlo, que para una gestión de esa clase, existía una atmósfera favorable. Pero en el aislamiento buscado voluntariamente por él, no tendrá ni siquiera una simple información de lo sucedido.

II

El estudio de tópicos menos fantásticos que los de una repartición de los territorios de América, habrá ocupado a los representantes del A. B. C.

Es materia de preocupación para los tres Estados el creciente desarrollo de sus armamentos navales, iniciados cuando los litigios de límites crearon situaciones molestas y continuados con cifras tales que absorben una parte muy considerable de los respectivos presupuestos. Las corrientes de opinión en pro de la limitación de los armamentos, no han logrado prevalecer hasta ahora, pues si bien el año pasado enajenó el Brasil uno de los dreadnoughts que por su cuenta se construían en los astilleros ingleses, los Gobiernos de Chile y Argentina sostuvieron el propósito de dotar sus respectivas armadas con las grandes unidades autorizadas por los Congresos. La campaña tuvo más fuerza en la Argentina que en Chile, dando lugar a

interesantísimas sesiones secretas sobre política exterior en la Cámara de Diputados. La venta de los dreadnoughts no prevaleció a pesar de contar con el concepto favorable de personalidades tan prestigiosas como el General Roca y el doctor Quintero Costa y con la propaganda vehemente del grupo socialista del Parlamento. Sobrevinida la guerra europea, Inglaterra tomó para sí los dreadnoughts de Chile y los destroyers de la Argentina que se construían en la Casa Armstrong; pero el problema de los armamentos navales, continuará ocupando lugar preferente en el pensamiento de los estadistas del «A B C». ¿Llevará a caso en su visita a Buenos Aires y a Santiago, el Ministro de Relaciones Exteriores del Brasil alguna sugestión que permitiera esta vez a las tres Repúblicas limitar sus cuantiosas inversiones en elementos bélicos? La pavorosa lección de la guerra europea ¿será propicia para ver co-

ronada en esta ocasión la campaña que no tuviera éxito en tiempos pasados? Sea como fuere, tan importante asunto no ha estado ausente de las conversaciones diplomáticas sostenidas por los Cancilleres del A. B. C.

La apertura del Canal de Panamá, ampliando la zona de influencia de los Estados Unidos, a la par que una expansión comercial para ese pueblo, determinará un mayor radio para la actividad acentuada de su política internacial. Seguramente sobre el Océano Pacífico de Sur-América se dejará escuchar en lo sucesivo la voz de la Cancillería de Washington, más clara y con más frecuencia de lo que puede sentirse hoy. Es verdad que las relaciones de Chile con los Estados Unidos, lo mismo que las del Brasil y Argentina, llevan el sello de la más sincera cordialidad, pero previsivos hombres de Estado en Chile consideran que a su país convendría liquidar las diferencias pendientes con el Perú para que en ningún caso pudiera presentarse una tentativa de mediación por parte de los Estados Unidos. Para Chile la propiedad de Tacna y Arica es un hecho adquirido, pero mediante compensaciones pecunarias y comerciales, el acuerdo con el Perú puede llegar a realizarse. En tal caso podría sentirse la colaboración de las Cancillerías de Buenos Aires y Río en el sentido de facilitar la solución que finalice el viejo debate de Tacna y Arica.

La misma apertura del Canal de Panamá, da relieve a otro asunto que interesa vivamente a dos de los países del A B C. Es el acceso económico de la Argentina al Pacífico. Para que a ese Océano tenga salida la rica provincia de Salta, existe en la Argentina el anhelo de unir los rieles que llegan a la cordillera con los que irán por territorio chileno a la costa del Pacífico. Una gran parte de la exportación argentina gravita-

ría entonces hacia ese mar y aun hallaría consumo apreciable en los mercados que brindan las salitreras de Chile.

Personas de pensamiento y de influencia en este último país, se declaran adversas a la construcción de todo nuevo trasandino sin previo tratado de comercio que proteja al agricultor chileno contra la competencia de los productos llegados del otro lado de la cordillera. Y, además, oficiales prestigiosos del ejército de Chile, en publicaciones que han despertado animadas polémicas, oponen razones de orden militar, sosteniendo que, al construirse las proyectadas vías férreas, Chile quedaría en situación de inferioridad y peligro para el caso de una guerra internacional.

Sin embargo, los puntos de vista que tienden a separar en vez de unir a esos países, son compartidos cada día por menor número de gentes, y los Gobiernos respectivos, inspirados siempre en el sano interés de sus pueblos, han ido año tras año eliminando dificultades y asperezas y dando fuerza a las vinculaciones que permitirán a las Repúblicas del A. B. C. seguir una marcha paralela y actuar en la política continental de América, como factores armónicos.

Río, Buenos Aires y Santiago, están siendo, por razón del mayor desarrollo de sus pueblos, centros de una actividad diplomática muy interesante, de la cual es un error permanecer tan alejados y extraños como si se tratara de política balcánica. Para los Estados suramericanos menos fuertes, el A. B. C., lejos de representar un peligro, puede constituir un elemento favorable — en la paz y en la justicia — para los derechos que otra mano más fuerte desconozca. No es el caso de ilusiones ni de temas sentimentales revaluados hace tiempo entre las naciones. Pero el más ligero aná-

lisis enseña que para las Repúblicas del trópico americano, y especialmente para la nuestra (Colombia), el aislamiento está muy lejos de ser un criterio previsivo y sensato de la política exterior.

ENRIQUE OLAYA HERRERA.
(Colombiano).

1915.

LA GUERRA

(ANTE EL GRUPO DE REBECA MATTE DE IÑIGUEZ)

Ebria de sangre, loca de fierezas, empina su fantasmal figura de Esfinge y cortesana; cráteres son sus ojos y de sus labios mana el odio como un mar que hacia otro mar camina.

Alienta en Ella el daño. Su agilidad felina goza en herir sin tregua, la noche, la mañana oyen caer los frutos dolientes que desgrana del árbol de las Razas, la pérfida asesina.

Su mano—esa nervuda garra que hace la noche— cifra como el tridente, descomunal dominio, y una savia eternal sus músculos remoza.

Bajo el pié, tres mancebos, en trágico derroche de juventud, pregonan al bárbaro exterminio cabe la Humanidad que se crispa y solloza....



Mañana, cuando el gesto de tu bronce pujante, fije el mirar apático de cien embajadores que trinan a la Paz con voz de ruisseñores, y lanzan al Estrago con ímpetus de Atlante,

tu obra será la enorme protesta, el ¡adelante! que griten los que piensan a los conquistadores; el que sufre, al que goza: voz de los segadores de olivo a los avaros del laurel repugnante.

Y esa gloria será tuya y nuestra. Al conjuro de tu genio—florón de la gente latina— se ha soltado a gritar una lengua ya muda.

¡Has triunfado! Hasta el hueco del blasonado muro donde reposa el Arcade (*) tu fama se avecina... ¡Has hecho estremecer su olímpica figura!

GUILLERMO VALENCIA.,
(Socio correspondiente)

Paris. 1914.

(*) Don Andrés Bello, abuelo de la escultura.

Amor de Abuelita

En el ilimitado campo de los amores fuertes y de los afectos puros, profundamente arraigados, aparece, como una bendición de Dios o una caricia de los ángeles, el amor dulcísimo, el amor incomparable de la abuelita.

En las noches brumosas y heladas, cuando todas las aves se recojen dentro de sus nidos con las alas fuertemente apretadas al cuerpo, y la cabeza escondida en su plumaje *para hacer calorcito*, la abuelita hace también las veces de nido dentro del cual se duerme el nene al arrullo de su voz dulcísima, que, cual melodía del cielo, desgrana sus magistrales acordes, ya en forma de cuentecillos o consejos, ya con sus deliciosos cantos pastoriles, sacando calor de sus entrañas ateridas, cual si un nuevo amor inflamara los pequeños restos de lo que fueron tizones en una hoguera esplendente y luminosa.

Pudiera decirse que las primeras peripecias de la vida del hombre tienen su a. b. c. en las propias rodillas de la abuelita. ¡Pues qué! ¿No se ven las cosas más pequeñas desde tan *elevada altura*? Por otra parte, el pequeñín que llega a escalar por su propio esfuerzo, ve en ello un gran triunfo pues no otra cosa indican su risa infantil y su incomparable alegría. Los muchachos de la calle! ¡peste de muchachos! Son la eterna pesadilla de la abuelita, *únicamente* porque constituyen una seria amenaza para su idolatrado nene. ¡No faltaba más! El día que le llegaran a lanzar una piedra o que le echaran cera en el cabello ¡ay Dios! ese día removería los cielos y la tierra de puro brava, y si no encerraba cuatro y les bajaba los calzones para darles una buena zurra en las propias nalgas, diría que no había hecho nada.

La miseria humana, manifiestamente comprobada en todas las fases de la vida real, de esa vida que no admite idealismos ni ensañaciones vagas e insustanciales, se siente desde el momento en que, lanzando un ¡ay! bien pronunciado y claro, llegamos al mundo, empujados por una ley inmutable de la naturaleza, bien como vástagos de un amor intenso y puro, bien como engendros de la execración y del crimen.

La abuelita no hace *distingos*; ella adora a su nieto con todo el calor de su alma y lo colma de mimos y de caricias. El hambre, fiel compañera de la vida humana, desde la cuna a la tumba, es un objetivo constante en la mente de la abuelita, al tratarse de su nieto; si la cocinera no regresó luego del mercado y si aún estando ya de vuelta se ha retrazado un poco la comida, *ya lo tenía previsto; su hijo* no debe aguantar hambre ¡no faltaba más! Se dirige a la despensa y de un *rinconcito que ella sabe*, saca un envoltorio a donde *no han llegado las hormigas*, y de allí extrae un buen pedazo de pan con mantequilla y carne; lo aproxima por un instante a la lumbre y ya está todo; ya tiene con qué dar al nene un buen hartazgo y a su propio corazón una de las más grandes satisfacciones viéndole comer.

Después de todo, el cariño de la abuelita no llega hasta el grado de fomentar malacrianzas y defectos morales en su nieto sobre el cual mantiene fija la mirada como un ángel tutelar o como una segunda Providencia. No, ella no quiere que sea un *zanganito*; con gran dolor de su alma, pero con una resolución firme y decidida se quita una *chancleta* y le aplica *dos en la parte posterior*, enrostrándole su indigno

proceder con la gravedad propia de una espartana de pura sangre; pero, después de la tempestad viene la calma; otra visita al rinconcito de la despensa y todo concluye con visos de una alegría franca, firme y locuaz.

Que las madres quieran a sus hijos, es lo más corriente, lógico y natural, y existe en ese amor la poderosa influencia de un afecto directo, santo y puro; pero el amor de la abuelita hacia ese ser mil veces adorado, en quién ella se ve, como si dijéramos, dos veces retratada y en cuyas facciones, su ojo escrutador sorprende los suyos propios añorando los fugaces días de su infancia dichosa, ¡ah! ese es el amor bendito, tierno, sincero y desinteresado.

¡Felices los hogares donde hay “abuelita”, pues allí, en medio de los más puros afectos, habrá una guía segura de la niñez inexperta; un nido de amor y de delicias sin cuento brindándonos un calorcito agradable, de efectos eminentemente soporíferos; un mendrugo con carne y mantequilla y, váyase lo uno por lo otro, de vez en cuando, una *chanqueta* firmemente aplicada en la parte posterior.

¡Amor de abuelita! ¡Bendito seas y que a tu brillo, se formen almas buenas, almas grandes en cuyo fondo solo imperes tú!

ROQUE PALOMO.

Medio hostil que rodea a los videntes

Todo revelador, ya sea un sabio, un artista del relieve, del color o del sonido, o un poeta (el cual comprendía todos los artistas, porque el arte de la poesía es un resumen completo de todas las artes materiales y espirituales), estará siempre en pugna—si es de verdad original y óptimo—con la mayor parte de sus contemporáneos, cuyo sentido científico o estético, extraviado por una enseñanza negativa, o pervertido por un mal gusto congénito (esto a veces por causas étnicas) tenderá inconscientemente a preferir, o quizás obedeciendo a un espíritu de servil imitación, todo lo que no le choque, y, sobre todo, que no disguste a los demás. De ahí—esto es lógico—que las novedades científicas y literarias sean brutalmente combatidas por el vulgo; que éste

odie y persiga a los que se atreven a pasar la línea trazada, el linde clásico, ese eterno Rubicón que limita, estrechándolo siempre, el campo de la ciencia o del arte. De ese modo se explica la guerra que se ha movido a algunos ilustres químicos o físicos; el ambiente hostil que envolvió a Berlioz y a Wagner; el desdén que sus contemporáneos tuvieron por Shakespeare, Balzac y Poe. La multitud, guiada por inteligencias mediocres, críticos enanos o envidiosos de mala fe, mira rebeldes, simples enajenados o destructores peligrosos, en todos esos videntes, que oponen, de súbito, una nueva hipótesis a una vieja, al dogma consagrado por la tradición, una audaz fórmula de arte a un canon antiguo.

JUAN RAMÓN MOLINA.





DOÑA MATILDE LOUCEL DE DUTRIZ

Homenaje

Porque eres buena y humilde,
MATILDE;
hija, madre, esposa fiel,
LOUCEL,
reinas en tu hogar feliz,
DUTRIZ.

Perdona, pues, el deslíz,
a quien tu virtud endiosa
y ora: ¡Dios te salve, hermosa,
MATILDE LOUCEL DUTRIZ!

BELISARIO CALDERÓN.

❁ ❁

Educación Cívica

Bolívar murió pobre y dejó una familia de pueblos.

Todos los americanos deben querer a Bolívar y a todos los que pelearon como él porque la América fuese del hombre americano.

Libertad es el derecho que todo hombre tiene a ser honrado y a pensar y hablar sin hipocresía.

En América no se podía ser honrado, ni pensar, ni hablar.

Un hombre que oculta lo que piensa o que no se atreve a decir lo que piensa, no es un hombre honrado.

Un hombre que se conforma con obedecer a las leyes tiranas, y permite que hombres injustos maltraten y vilipendien a su país, no es hombre honrado.

El niño, desde que puede pensar, debe pensar en todo lo que ve; debe trabajar porque puedan ser honrados todos los hombres, y debe ser un hombre honrado.

El niño que no piensa en lo que sucede a su alrededor y se contenta

con vivir, sin saber si sirve honradamente, es como un hombre que vive del trabajo de un bribón y está en camino de igualar a éste.

Hay hombres que son peores que las bestias, necesitan ser libres para ser dichosas: el elefante no quiere tener hijos cuando vive preso: la llama del Perú se echa en tierra y muere, cuando el indio le habla con dureza o le pone más carga de la que puede soportar.

El hombre debe ser, por lo menos, tan decoroso como el elefante y la llama.

En América se vivía, antes de la libertad, como la llama que tiene mucha carga encima: era necesario quitarse la carga o morir.

Uno de los que ayudaron a quitar la carga fue Bolívar, nombre sagrado, como sagrados son los nombres de San Martín y de Hidalgo.

JOSÉ MARTÍ.



Valero Pujol no ha muerto

El maestro ilustre, el sabio, el filósofo, el republicano incorruptible, el liberal de principios y de acción por la energía y actividad de su pensamiento difundido en sus obras y escritos incontables; el que cooperó al exparcimiento de los principios de la Reforma y a la revolución social y política de nuestra patria, con el interés de un verdadero hijo adoptivo de Guatemala; el que nos enseñó a investigar con espíritu sereno las causas socialógicas de los acontecimientos más trascendentales que informan la historia de los pueblos y el actual crecimiento de las naciones; el educador del carácter democrático que el programa hermosísimo de la Revolución del 71 hizo despertar en el alma de la juventud centroamericana, ansiosa de una luz que iluminase el sendero del progreso y abriese amplios horizontes a su fecunda inspiración; el maestro que nos enseñó a descubrir la verdad, en medio de las sombrías páginas de una filosofía y de una metafísica oscuramente expuestas e inadecuadas para los incipientes alcances de la juventud que salía apenas de los lindes de la niñez; el que tuvo algunas veces para nosotros, palabras de aliento, de fe y de esperanza, cuando el Sol de nuestras libertades parecía apagarse, hundiendo en noche del desprestigio las instituciones liberales que constituyen nuestro más preciado bien; el que estrechó nuestra mano con fraternal afecto y supo desvanecer los errores políticos en que incurriéramos por nuestra juvenil inexperiencia; el amigo, el viejo amigo, Valero Pujol, en fin, ha pagado hoy su tributo a la Naturaleza.

Y sin embargo, su grandiosa obra educativa, su espíritu filosófico, amplio, generoso, hidalgo, puesto siem-

pre, en su larga vida al servicio de las nobles causas populares, será latente en nuestro espíritu.

Los países de la América hispana, más aún que la misma España, deben sentir hondamente la ausencia eterna del eminente hombre público, que fué uno de los firmes propagandistas de los bien entendidos intereses sociales y políticos de otras jóvenes nacionalidades.

Centro-América le debe mucho, y Guatemala le debe mucho más.

Fue uno de sus mejores hijos adoptivos. Iluminó con su esclarecido talento el cerebro de la juventud.

Las obras de la inteligencia, dirigida por una voluntad poderosa y bien inclinada, sobreviven a los hombres y a sus obras materiales.

La Biblia, el Nuevo Testamento, bases de toda religión humana consoladora y productora de bienes morales infinitos, tiene que sobrevivir a las grandiosas ciudades, a los monumentos de acero y de granito que son en los antiguos y en los modernos tiempos, el orgullo de las generaciones que los construyeron.

La obra del pensamiento es eterna, infinita, sabia y buena como Dios, porque esa es la más admirable y perfecta obra suya.

En la obra relativamente grande y buena de Pujol, hay inmortalidad.

En otro sentido he dicho:

Valero Pujol no ha muerto.

Pero como es indispensable desprenderse de las influencias que dominan nuestra naturaleza de hombres, siento que su fallecimiento, para mí tan inesperado, me hiere el corazón.

Caiga sobre la tumba del maestro, cárcel de su cuerpo, una lágrima de pesadumbre, expresión de mi gratitud, por lo mucho bueno que me enseñó en la Cátedra, por lo mucho bueno que contienen sus obras y sus escritos inmortales, por lo mucho que amó, siendo extranjero, a mi patria Guatemala.

JOSÉ A. BETETA.

SIEMPRE

Del Libro "Flores del Sendero", en preparación

¡Llorar! ¿Y para qué, padre querido?
 Todavía no has muerto;
 muere sólo el que cae en el olvido,
 jamás el que perdura en el recuerdo.

Y tú vives así; vives en mi alma,
 llenas mi pensamiento;
 como llena el océano la cuenca,
 como la luz del sol llena los cielos.

Perecer no es morir. Si el héroe cae
 al golpe del acero,
 en cada corazón—para su culto—
 le consagran un templo.

El árbol ancestral que sin follaje
 se eleva melancólico y escueto,
 deja siempre a su lado una simiente
 que el origen será de un árbol nuevo.

De la flor perfumada que se agosta
 la fragancia conserva el raudo viento;
 aunque la flor se desmenuce y caiga
 y se confunda con el polvo luego.

El monumento convertido en ruinas
 por la acción destructora de los tiempos,
 deja siempre una huella de su sitio:
 el árido cimiento.

Y tú vives así; suave fragancia
 que embalsama mi huerto;
 héroe batallador por la existencia,
 dentro de mi corazón tienes un templo.

Cual monumento convertido en ruinas
 por la acción destructora de los tiempos,
 has dejado una huella de tu sitio,
 has dejado un cimiento: tu recuerdo.

Eres cual rubio sol, que tú iluminas
 de mi conciencia azul el claro cielo;
 océano invisible, contenido
 dentro de mi pensamiento.

¡Llorar! ¿Y para qué, padre querido?
 Todavía no has muerto;
 muere sólo el que cae en el olvido,
 jamás el que perdura en el recuerdo....

ALBERTO V. MONTEIL.

Flor de Hospital

En la gran sala olorosa a cloroforno, yacía la pobre tísica en su cama de hospital, embriagada por efecto del narcótico, en la hora en que el sol iba declinando y en que una paz solemne, inaperturbable, ponía dejos de melancolía en las suaves sedas del crepúsculo.

Yo, tímido, con esa vaga timidez mezclada de dolor, acerquéme al blanco lecho de la enferma. Sobre su rostro pálido—esa palidez que los cirios comunican a las imágenes del santoral en la hora religiosa del tramonto—caían tenues reflejos que, al descomponerse en los cristales del ventanal próximo, iban a arcoirisar la luz de los venustos tazones pletóricos de pócimas y drogas que dormitaban gravemente en las consolas. El relente de la tarde penetraba por las estrechas grietas de un balcón azul, en la quietud de aquellas horas, vagorosamente fúnebres, en que al espíritu se asoma un sagrado recogimiento de meditación piadosa, emergente, de yo no sé que extrañas regiones de épocas pretéritas.

Largo rato permanecí de pies, en actitud hierática, frente aquella existencia juvenil, cuya vida se apagaba lentamente, como el último resplandor rojo de una tarde melancólica de junio. Su cuerpo de formas gráciles y bellas, lo cubrían blancas sábanas de lino; sus manos, manos de Ana Bolena o de Juana de Aragón, caían plegadas amablemente sobre el pecho, tan mustiamente entrelazadas, que dijérase dos lirios enfermos muriéndose de amor en la agonía del crepúsculo; y su boca hecha de claveles encendidos en donde juguetearon líricas sonrisas, y su frente de Aspasia, límpida y serena, y su cabellera rubia en cuya

seda el sol se enredaba tantas veces, y sus ojos ¡oh sus ojos divinos! de resplandores lunares, aún conservaban todavía los mágicos destellos de otros días, en que una mirada bastaba para incendiar los más adustos corazones. Mas entonces todo era ya desfalleciente en aquel conjunto de palideces humanas, en que la tísica hincaba sus dientes más agudos.

De repente, su faz se iluminó, en sus ojos brilló una mirada, acaso instigada por una alucinación remota, tal vez por un recuerdo de caricias lejanas, en que al oído, y cabe a un balcón silente, un bardo enamorado le cantara madrigales bellos y sentidos, en la dulcedumbre de la noche y cuando la luna despeina su hermosa y blanca cabellera. Miróme fijamente, melancólicamente, con aquel mirar dulce de otros días. Una vaga sonrisa posóse por sus blancas comisuras y enderesándose, con algo de emoción—emoción que hoy me hace temblar—me habló de sus viejos amores con un gran poeta; de sus días más felices, en que asidos de las manos, caminaban por campos olorosos a tomillo y praderas exornadas de amapolas y lirios salvajes. Díjome de sus congojas después, de las tristezas infinitas que le habían amargado la existencia. Hizo una pausa. Su rostro se tornó lívido. La emoción entrecortóle las palabras y su respiración se hizo fuerte. Quiso continuar hablándome de . . . pero un acceso de tos se lo impidió. Sus labios se ensangrentaron como dos celajes ponientes y en sus ojos se apagó el fulgor de su última mirada.

La enfermera y el médico acudieron.

Yo me alejé, con el alma presa de dolor, llevando en mi corazón

un sagrado sentimiento de meditación profunda.

Fuera, el viento gemía tristemente. Las campanas soltaban un aria mística en la quietud de los silen-

cios, y la noche, como un inmenso pájaro negro, desplegaba sus alas por todos los ámbitos del orbe.

VIDAL MEJÍA.
(Socio Correspondiente)

Tegucigalpa, julio de 1915.

El Misterio de la Gioconda
(DEL LOUVRE)

(Artículo escrito para el «Ateneo de El Salvador», a propósito de la restitución de la célebre tela).

Los hombres la admiraban en su aposento frío. Ella parecía sonreír como las esclavas ante el César, y a través de su existencia venerada, el eco de su fama y el resplandor de su gloria se agitaban por los mundos del Arte.

La mano portentosa del genio, descansa bajo la nieve milenaria que amortajó siempre los sepulcros. Su obra triunfaba de los siglos, y la mano feliz enmudecía con la quietud de los cálices amorfos.

El Imperio es grande. Las pasiones merodistas se agitan con singular destreza. Los grandes tesoros conmueven la razón, y despiertan la sed de posesión, así como los nómadas ansían el oasis en las arideces del desierto. Las tempestades violentas del corazón suelen acallar a los truenos. Las manos violadoras, son espectros fantásticos que aparecen en las noches oscuras, cubiertos con un velo negro de desesperanza.

El mundo es pequeño para esas almas. La miseria no la ven, porque está muy oculta en el fondo de sus corazones y no puede ser vista por sus ojos. ¡Y pensar que son tantos!

La obra de Leonardo seguía sonriendo como la esfinge en su gestación helénica; pero ya se acerca-

ba la fiera que debía llevarla por las selvas de lo desconocido, y así, con su gesto de virgen, desapareció una noche para siempre, apagándose aquel astro que iluminó todo un mundo.

El entusiasmo se durmió en los corazones y apareció el egoísmo. El Arte que presiden Rafael, Van Dyck y Rubens, se vistió de luto.

La gloria es en ciertos casos imperecedera, mas no en lo espiritual; es una ficción que se confunde con la velocidad de los torrentes... La gloria es vana esencia que se apaga, el amor es eterno como Dios. Sólo los espíritus superiores que se inmolaran un día en aras de un sacrificio profundo, sobreviven a las generaciones y a los siglos con la majestad radiante de los astros.

Se divisa esta aurora allá en la inmensa lejanía. ¿Será una ficción de los espíritus que se creen cultos? Las palpitaciones aumentan en los corazones afectos a la tragedia, y el mundo se conmueve. La fiera ruge, el espanto le obsesiona. Se confunde la duda en intensas vorágines y empiezan las divagaciones del raptor. Es Helena que sonríe... Y un día en que las coloraciones diáfanas anunciaban a Florencia, la bella, el expirar del día,

el áspid del rey Claudio gruñó ante la figura misteriosa de Sherlock Holmes que le saludaba.

Mientras en un lugar desierto y frío del Louvre *algo* parecía vislumbrar a los huéspedes el secreto del drama, en los azulejos cielos de la patria del Tiépolo y Paolo Veronese, brillaban las antorchas de la restitución de la hermosa Monna.

* * *

Se dejan oír voces principescas, espasmos de alegría que como ánforas de luz iluminan la senda re-

corrida ha tiempo. La fiera es perseguida. ¡Picaro Voltaire! La sátira de un Rabelais o de un Anatole France sugeriría las más gratas impresiones; mientras tanto, más allá de los Alpes históricos, contemplando las tierras visitadas y evocando un Poema que duró muchos días en el alma de todo el Universo, la mágica Gioconda parecía sonreír. . .

JOSELIN ROBLES S.

(Socio Correspondiente)

Las riquezas de la Atmósfera

(Para el "Ateneo de El Salvador")

El 7 de marzo, en el Conservatorio de Artes y Oficios de París, asistimos a una interesante conferencia del señor Georges Claude, uno de los sabios que más han contribuido a la creación de la industria del aire líquido. El ilustre físico expuso, ante un auditorio numeroso, los maravillosos adelantos realizados por la nueva industria y los prodigiosos recursos que de ella puede sacar aun la humanidad.

Hace veinte años hubiérase considerado como utopista a quien hubiera dicho que el aire líquido había de convertirse en base de una industria importante. En sus memorables experimentos, Cailletet sólo consiguió vaporizar algunos milímetros cúbicos de aire, en un tubo cerrado, durante algunos segundos. Hoy día, gracias a los aparatos de Lind y de Claude, se obtiene a chorros ese líquido fenomenal que hierve a ciento noventa grados bajo cero. Y las diferentes máquinas que existen ya por esos mundos fabrican diariamente la fri-

lera (no podía encontrarse mejor palabra) de doscientas toneladas de aire líquido por día, a un precio tan barato que permite su utilización por multitud de industrias.

En ese líquido azulado de increíble temperatura, el mercurio se convierte en un metal durísimo, el plomo se torna rígido y sonoro como el acero, el alcohol se convierte en un témpano de hielo. Sólo resiste el éter de petróleo que exige un frío de 200 grados para solidificarse. Y estas temperaturas de ensueño son por lo demás fácilmente aventajadas hoy día. Si se deja evaporar rápidamente el aire líquido, se obtiene pronto una gelatina de aire sólido. El hidrógeno hierve a 252 grados bajo cero, y el helio, a 269, temperatura poco superior a la del cero absoluto (273 grados de frío) que nunca podrá realizar el hombre.

Pero las más útiles aplicaciones del aire líquido no son quizás las que hasta ahora se han hecho de su enorme potencia frigorífica. Los sabios aprovechan actualmente otras

propiedades no menos importantes del extraordinario líquido. Sabido es que el aire es una mezcla de gases. En nuestra juventud nos enseñaban que estaba formada la atmósfera por dos gases, oxígeno e hidrógeno, y nuestros profesores lamentaban que no pudiese extraerse directamente la enorme provisión de oxígeno que compone la atmósfera, y que no pudiese fijar la agricultura la gran riqueza de nitrógeno que contiene el aire.

Hoy sabemos que, además de aquellos dos gases contiene el aire otros varios componentes: helio, argón, neón, xenón y criptón, y he aquí que los modernos alquimistas se han dedicado sencillamente a destilar y rectificar el aire líquido, separando todos estos gases, que tienen puntos de ebullición diferentes.

Hoy día puede obtenerse el oxígeno, en cantidad enorme y a precio casi inapreciable. Calcúlese la revolución que puede esto provocar en las industrias metalúrgicas. Las combustiones se acelerarán, las oxidaciones se verán facilitadas de un modo prodigioso, las fábricas podrán resolver el problema de la supresión del humo, la preparación de una multitud de productos químicos se verá facilitada y abarata considerablemente.

En cuanto al nitrógeno, hasta ahora solo la naturaleza había conseguido extraerlo del aire para fijarlo en las plantas. Pero aquella

se contentaba con sacar del aire la cantidad indispensable y el hombre, que exige de la tierra un rendimiento enorme con sus cosechas se veía obligado a costosos abonos para restituir al suelo las riquezas que de él sacaba.

Con el aire líquido va a ser facilísima la fabricación de abonos nitrogenados naturales. La baratura con que se pueden obtener los nuevos abonos resolverá quizás el difícil problema de la vida en las grandes aglomeraciones humanas. Y quizás consigamos también llegar a ese sueño de los químicos modernos; la producción de alimentos artificiales, que tengan todas las ventajas de los alimentos naturales sin ninguno de sus inconvenientes. El problema parece ocioso para los felices de la tierra, a quienes brinda la naturaleza sus más ricos productos, pero no lo es tanto para la infinidad de desheredados que en ciertos países de población intensa, como la India Inglesa, suelen morir de hambre a millares, en pleno siglo XX. Y de todos modos es problema que habrán de resolver nuestros descendientes, pues, si prosigue la humanidad su crecimiento continuo, llegará un momento en que la tierra no baste a alimentar a sus hijos.

MIGUEL DE TORO GISBERT.

París, 1914.

Comienza la Lucha

«El Boletín de los toros», que ofrece maravillas para la «función» del día, se pide a cualquier empleado el programa del espectáculo, que es un papel impreso, dividido en columnas, donde se van anotando las picas, las estocadas, las

heridas, los accidentes; se dan unas vueltas por los interminables corredores y las interminables escaleras, entre una muchedumbre que va y viene, sale y entra gritando y alborotando de un modo tal, que no parece sino que el edificio tiem-

bla, y, por último, se vuelve uno a su sitio.

El circo está lleno de bote en bote y ofrece un espectáculo que no puede imaginar quien no lo haya presenciado; es un mar inmenso de cabezas, de sombreros, de abanicos, de manos que se agitan en el aire; en los tendidos de sombra, ocupados por los «señores», todo negro; en los de sol, donde se sienta el bajo pueblo, mil vivísimos colores de abigarrados vestidos, sombrillas, abanicos de papel; en fin, una inmensa mascarada. No queda sitio ni para un chiquillo; la muchedumbre, compacta como una falange, se contenta con mover los brazos, porque salir de allí es imposible.

Y no es aquel el rumor, el estrépito de los teatros; es muy distinto. Es una agitación, una vida propia de circo únicamente. Todos

gritan, se llaman, se saludan con una alegría frenética; los chiquillos y las mujeres chillan, y los hombres más grandes bromean como muchachos. Los jóvenes, formando grupos de veinte o treinta, gritando todos a compás y dando con los bastones en las gradas, anuncian al representante del municipio que ya es la hora. En los palcos hay un movimiento de espectadores digno del gallinero de un teatro de tarde; en la gritería de la muchedumbre se mezclan los gritos de los vendedores, que tiran naranjas por todos lados. Toca la banda, rugen los toros, se oye el rumor de la gente que se ha quedado fuera de la plaza, y antes de empezar la lucha se halla ya el público fatigado, ebrio, perdida la cabeza.

EDMUNDO DE AMICIS.

Glosa al Himno

PARTE FINAL DE LA CONFERENCIA PRONUNCIADA EN EL ATENEO NACIONAL DE BUENOS AIRES, EL 22 DE MAYO DE 1915, ACERCA DE LA PERSONALIDAD DEL DR. D. VICENTE LÓPEZ Y PLANES, Y EL HIMNO ARGENTINO, POR EL DR. DAVID PEÑA.

Oid, mortales, el grito sagrado:
¡Libertad, libertad, libertad!
Oid el ruido de rotas cadenas,
Ved en trono a la noble igualdad.
Se levanta en la faz de la tierra
Una nueva gloriosa nación,
Coronada su sien de laureles
Y a sus plantas rendido un león.

El poeta se dirige al mundo. Puesto de pie, exhorta a todos los mortales a oír el grito de libertad, que inculca como grito sagrado para la conciencia humana. Esta libertad no es una gracia ni una mansa conquista: fue adquirida con martirio, pues a la vez pide que se oiga el ruido de cadenas que acaban de ser tronchadas.

La esclavitud ha desaparecido ya. La igualdad entre los hombres li-

bres la ha sustituido. Esa noble igualdad está en su trono.

Sobre el haz de la tierra se levanta una nación gloriosa. La nueva entidad aparece con su sien coronada del símbolo del triunfo y tiene a sus pies un león rendido.

Tal la síntesis del asunto que acaba de desarrollarse.

De los nuevos campeones los rostros
Marte mismo parece animar:
La grandeza se anida en sus pechos;
A su marcha todo hacen temblar.
Se conmueven del Inca las tumbas,
Y en sus huesos revive el ardor,
Lo que ve renovando a sus hijos
De la Patria el antiguo esplendor.

Puestas las columnas en marcha, no es el odio el que las mueve,

sino el mismo Marte, inspirador de trágicas grandezas. Estas legiones pueden igualarse a las de la antigüedad: tiembla todo a su paso. Y el viejo señor de las dilatadas regiones siente renacer la vida en sus huesos al ver que sus descendientes renuevan el brillo de la patria. La invocación del Inca es muy propia. Las primeras batallas tuvieron por teatro el Alto Perú y fueron dadas con la cooperación de los naturales del país.

Pero sierras y muros se sienten
Retumbar con horrible fragor;
Todo el país se conturba con gritos
De venganza, de guerra y furor.
En los fieros tiranos la envidia
Escupió su pestífera hiel,
Su estandarte sangriento levantan
Provocando a la lid más cruel.

Todo el Virreinato estaba en guerra y a todas partes acudía la Junta desde Buenos Aires. Castelli fue desprendido de su seno para que dirigiera los acontecimientos del Norte, confiados a Balcarce. Belgrano fué al Paraguay en seguida, a Montevideo después, y otra vez a las provincias. Paso y Rondeau a la Banda Oriental. El poeta con verdad extiende el fragor desde los muros de Montevideo a las planicies de Cochabamba. Las matanzas de Potosí y La Paz, que mancharon los nombres de Tristán, Goyeneche, Sáenz, Córdoba y Nieto, son el reto que aceptaran sin vacilar los argentinos. Proclamado el Gobierno que representaba la Junta como verdadera y legítima autoridad, entendiéndose que había caducado la que antes existió a nombre de un Rey que se hallaba prisionero. Si la España yacía dominada por el invasor, la América creía jurídicamente tener facultad para gobernarse por sí misma. Tal fue el principio que salió triunfante del Cabildo de Buenos Aires y que corrió por sobre todo el continente.

No los veis sobre México y Quito
Arrojarse con saña tenaz?
Y cual lloran bañados en sangre

Potosí, Cochabamba y La Paz?
No los veis sobre el triste Caracas
Luto y llantos y muerte esparcir?
No los veis devorando cual fieras
Todo pueblo que logran rendir?

Referencias a las crueldades bárbaras que han inmortalizado a José Gabriel Tupac-Amarú y a los comuneros de 1781, primeras tentativas de emancipación ahogadas en sangre.

«Después que la insurrección de Tupac-Amarú fue extirpada por el hierro y por el fuego, dice Avellaneda, cuando hubo resonado por bosques, por llanuras y montañas, como el último grito de una raza enmudecida para siempre, el clamor doloroso arrojado entre tormentos por la esposa del jefe rebelde, la india Micaela Bastidas, con su noble sangre y su cuello esbelto que la horca vil no pudo comprimir (1), la América del Sud, en pos del suplicio de las víctimas, de la crueldad de los verdugos y aquel alarido de la mujer ajusticiada, había vuelto a envolverse en las tinieblas de la vida colonial».

Los pueblos del Alto Perú y del Perú, y toda la América hasta el Golfo, quedaron sometidos en sus primeras tentativas infelices, como fué también horriblemente dominada la revolución de La Paz de 1809. El cuadro es expuesto en su terrible síntesis, no obstante, para encender más y más el heroísmo del pueblo redentor.

A vosotros se atreve, argentinos,
El orgullo del vil invasor:
Vuestros campos ya pisa contando
Tantas glorias hollar vencedor.
Mas los bravos que unidos juraron
Su feliz libertad sostener,
A estos tigres sedientos de sangre
Fuertes pechos sabrán oponer.

El apóstrofe de *vil*, según el doctor don Vicente Fidel López, es dirigido a Tristán y a Goyeneche,

(1)« Luego subió al tablado la india Micaela Bastidas, esposa del jefe rebelde.... y se le dió garrote en que padeció infinito, porque teniendo el pescuezo muy delgado, no podía el torno ahogarla.»

que en armas contra el suelo nativo eran *viles y traidores*. José Manuel Coyeneche había nacido en Arequipa, y Pío Tristán en Lima.

El triunfo de los españoles en Huaqui los hizo avanzar hasta Salta y Tucumán. Pero allí, como en Suipacha, se encontraron con la bravura argentina y su triunfo accidental y transitorio se tornó en completa derrota. Por eso el poeta agrega:

El valiente argentino a las armas
Corre ardiendo con brillo y valor:
El clarín de la guerra, cual trueno,
En los campos del Sud resonó.
Buenos Aires se pone a la frente
De los pueblos de la ínclita unión,
Y con brazos robustos desgarrá
Al ibérico altivo león.

San José, San Lorenzo, Suipacha,
Ambas Piedras, Salta y Tucumán,
La Colonia y las mismas murallas
Del tirano en la Banda Oriental,
Son letreros eternos que dicen:
Aquí el brazo argentino triunfó,
Aquí el fiero opresor de la patria
Su cerviz orgullosa dobló.

Los triunfos de Suipacha (Alto Perú), Las Piedras, Cerrito y La Colonia (Banda Oriental) y Tucumán, Las Piedras, San Lorenzo y Salta, de nuestro actual territorio, son los letreros a que hace referencia el poeta.

Hasta Mayo de 1813 ya habíamos alcanzado aquellas victorias que medían una extensión muy superior a la que recorrieron las huestes de Alejandro, Aníbal y César. El poeta hace historia en todo su canto. Su aserción no pudo ser desmentida, sino confirmada, por la mano misma del Destino. Trazada la ruta de la columna, siempre en marcha, sigue el canto:

La victoria al guerrero argentino
Con sus alas brillantes cubrió,
Y azorado a su vista el tirano
Con infamia a la fuga se dió;
Sus banderas, sus armas, se rinden
Por trofeos a la libertad,
Y sobre alas de gloria alza el pueblo
Trono digno a su gran majestad.

Esta estrofa tiene su antecedente propio en otra que se encontra-

rá en la *Oda a Balcarce*, que el autor escribiera en 1810, a raíz de la batalla de Suipacha, de la que fue testigo y actor, y que así dice:

«Más rápido que el rayo, los cañones
Empeñoso investiga.
Habla a todos, anima, incita, hostiga;
Y al tremendo avanzar de sus cañones
Desmaya el enemigo
Y huye a los cerros demandando abrigo
Armas, caudales, cajas y banderas,
Todo a sus plantas queda;
No hay orgullo, ni audacia, que no ceda
A su arrogante brio; las laderas,
Los llanos y quebrados
De trofeos doquier se ven sembrados».

En la propia forma se rindieron en Salta.

Desde un Polo hasta el otro resuena
De la fama el sonoro clarín,
Y de América el nombre enseñando
Les repite: Mortales, oid:
Ya su trono dignísimo abrieron
Las Provincias Unidas del Sud.
Y los libres del mundo responden:
¡Al gran pueblo argentino, salud!

Desde un polo hasta otro polo de la tierra resuena el clarín sonoro de la fama, la que al enseñar el nombre de América repite a los mortales: «Oid: Las Provincias Unidas del Sud acaban de abrir su digno trono a todos los seres libres de la tierra»; y éstos entonces, en respuesta, exclaman: «¡Al gran pueblo argentino, salud!».

La estrofa final ha inspirado claramente el concepto expresado en 1853 en el preámbulo de la Constitución.

El coro, a ejemplo de la masa griega, responde con un voto supremo:

Sean eternos los laureles
Que supimos conseguir.
Coronados de gloria vivamos
O juremos con gloria morir.

El himno nacional, aunque sólo se inspiró en las ideas políticas que pudo transmitirnos la España monárquica y en la cultura literaria posible en la enseñanza del Colegio de San Carlos, tiene como

fuente de inspiración verdadera el cuadro de la dominación española y la decisión del pueblo argentino de acabar con ella, demostrada en las pocas batallas comprendidas en 1810 a 1813 (de Suipacha a Tucumán).

Con estos elementos la página fue trazada. No se la puede tocar, porque expresa la verdad de un hecho que fué.

Es la demostración, a la vez de una profecía, de una adivinación

realizada en la esfera de la doctrina política, con el mismo acierto con que fue tan admirablemente vista.

Después de los cien años, esta canción nos resulta una Ley tan sagrada como las que Moisés recibiera por inspiración en las alturas del Monte Sinaí.

DAVID PEÑA.

(Del Ateneo Nacional de Buenos Aires)

¿Virtud?

I

—Me devora la sed, mi camino ha sido largo, los rayos del sol quemán. Dame de beber.

—Perdona, hermano, nada puedo darte.

—Desde aquí veo, por la entrada de tu bodega, llenos los odres del rico zumo de uva.

—Cierto es que están llenos los odres de mi bodega; pero faltaría a una virtud si los vaciase para cuantos como tú necesitan de lo que contienen.

II

—Me consume el hambre; mi camino ha sido largo. No podré pagar tu generosidad, pero dame de comer.

—Perdona, hermano, nada puedo darte.

—Desde aquí veo, por la entrada de tu despensa, apilados los panes.

—Cierto que mi despensa está llena; pero faltaría a una virtud si la vaciase para cuantos como tú necesitan de lo que contiene.

III

La miseria me aniquila. Carezco de todo. Quiero vivir. Dame una parte de tus riquezas.

—Perdona, hermano. Nada puedo darte.

—Desde aquí veo abierta tu arca y en ella montones de oro.

—Cierto es que mi arca está llena; pero faltaría a una virtud si la vaciase para cuantos como tú necesitan de lo que contiene.

—¿Quién eres que en todas partes te veo, y, con duro corazón, todo me lo niegas?

—Soy la virtud del ahorro.

—Dí que eres el egoísmo disfrazado.

FRANCISCO PI Y ARSUAGA.



A un Poeta

I

¡Alma que adoras el silencio! A solas,
brota tu pensamiento en la espesura
del bosque, de la selva o la llanura,
como del mar las turbulentas olas.

Siempre te escucho en mi profundo sueño
cuando en la luna ríe la hermosura,
y aumenta de mi pecho la locura
de vivir de lo triste y lo risueño.

Mas todo es ilusión que desaparece...
mientras del mundo el carnaval gozamos
toda luz de placer se desvanece.

Me lo cuentan tus rimas que amo tanto,
porque al decir lo que en tu pecho crece
haces brotar tu quejumbroso llanto.

Romántica

II

Me encanta tu hermosura soberana,
tus ténues curvas cual de hetaira griega,
y hay en tu cuerpo de beldad pagana
el dulce ritmo que la danza juega.

Mujer hermosa, impúdica romana,
tus miradas enfermas por la pena,
llevan en su alborada soberana
amor de Ofelia, majestad de Helena.

Brillante diosa: tu sombra no me abate,
sufré mi corazón presentimiento
y soporto la lucha de tu embate.

Surcas con tu mirada cruel y muda
el arcano del hondo pensamiento,
y brotan los inviernos de la duda.

JOSELIN ROBLE S.

(Socio Correspondiente)

Chillán. — (Chile). — 1914.

La cultura Literaria de un Pueblo

PALABRAS

Es opinión generalmente establecida y justa en todas sus partes, la de que la cultura literaria de un pueblo se mide por la producción de libros, folletos y periódicos. Pueblo que no lee, es pueblo que no piensa, y donde no se produce tampoco se

lee ni se piensa, siendo claro que al no pensar sobreviene el embrutecimiento, como pasa con las tribus salvajes del Africa que viven vida animal en pleno estado primitivo.

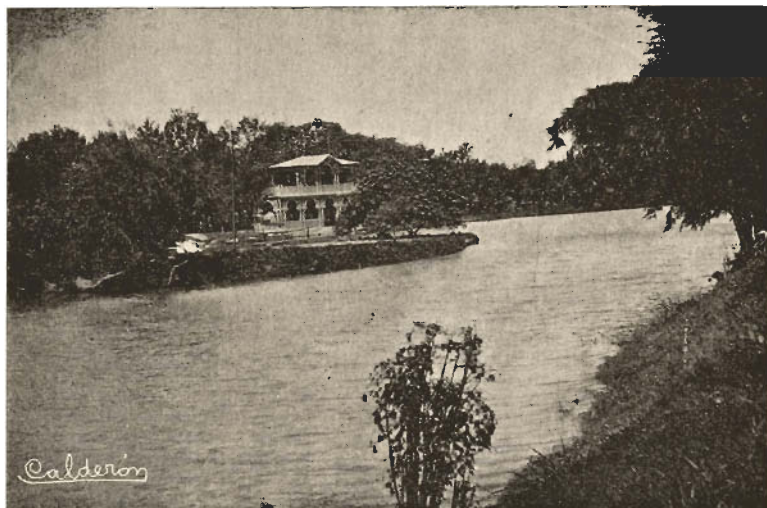
Siendo esto así, es un deber sacudir el marasmo que nos tiene

postrados; y si produciendo poco y leyendo menos nos hallamos sumidos en lamentable atraso intelectual, justo es trabajar porque no llegue el embrutecimiento que dará lugar a clasificarnos entre las familias degeneradas y prestará ocasión a alguna raza fuerte para devorarnos.

Las causas de nuestro estado actual son bien conocidas: la indiferencia del Gobierno de Colombia en todo lo que al desarrollo y

con su ejemplo noble estímulo a los jóvenes que, con mucha luz en el cerebro, no hallan vasto campo ni ayuda generosa para realizar sus más fervientes anhelos.

Nuestro periodismo—todo él político en virtud de las circunstancias y del medio en que se agita—no es el más propio para efectuar la transformación paulatina que en el terreno de las ideas desearíamos ver acometida.



Lago de la «Finca Modelo». — San Salvador

prosperidad del Istmo se refería, y el espíritu de mercantilismo exagerado que, dada nuestra situación excepcional, apta en extremo para el desarrollo del comercio, priva entre nuestros conterráneos, son las primeras que saltan a la vista de quien trate de averiguarlas.

No de otro modo se explica como es nulo el movimiento literario y artístico entre nosotros, teniendo como tenemos notables pensadores que bien han podido propender a impulsar activamente, aportando cada uno el producto de su intelecto, procurando inculcar en los cerebros aún llenos de sombras las buenas ideas—siente generosa que habrá de producir cosecha ópima—y dando

Pero serán vanos sus esfuerzos, será su afán estéril, si no cuenta con el apoyo decidido de todos los hombres de letras que hay en el país. Sacudan ellos la apatía intelectual, despierten de nuevo los cerebros en reposo a la vida del pensamiento, den tregua a la lucha política, enervadora y fratricida en los países latino-americanos, y a manera de gimnasio provechoso dediquen siquiera breves momentos a trillar sendas luminosas en los dominios de la inteligencia.

Hay todavía espíritus estacionarios, llenos de rancias preocupaciones, que suponen que todo progreso intelectual es signo de decadencia en la virilidad de los pueblos. Error

craso es éste que fácilmente queda de manifiesto. Egipto fue grande con los Faraones, los más avanzados de sus reyes. En Grecia vino el poderío con la cultura. Con los emperadores llegó a Roma la civilización. Fue poderosa España en el siglo XVI con Carlos V y Felipe II, y brillaron también entonces los mejores ingenios. Con Luis XIV y Luis XV se desarrolló la lengua francesa, elevando a gran altura las letras Massillon, Bossuet, Fenelon, Racine, Corneille, Rabelais, Descartes, Molière, Voltaire y Rousseau. Y en los tiempos que corren, no vemos que brillan en Inglaterra, con su enorme poderío, los Tennyson, los Parnell, los Gladstone, los Reseberry? En la misma nación norteamericana, el país del hierro y de la mecánica, en donde a primera vista parece que no hubiera lugar para las manifestaciones del espíritu, no encontramos un Longfellow, un Ingersoll, un Irving, un Walt Whitmann, Webster, y por sobre todos ellos, un Edgar Allan Poe, estrella de primera magnitud y pensador de enorme fuerza intelectual no superada por ninguno de sus compatriotas?

Desaparezca, pues, la falsa idea; arránquese de raíz tan rancia preo-

cupación. Los países en donde más comercio intelectual hay, son los más prósperos y los más poderosos. Francia es grande porque sabe imponer sus ideas al mundo. España, que hoy produce escasamente, marcha, en cambio, en la última línea y la superan Alemania con sus humanistas y Rusia con su intrépida falange de pensadores audaces.

La vida moderna, toda ella inquietante y afanosa, requiere más nervios que músculos: no reside la fuerza en el brazo que deja caer el martillo sino en el pensamiento que guía ese brazo. Eduquemos, pues, las facultades pensantes; abramos un cauce a esa corriente estancada hoy por nuestra desidia, y báñense en la fuente Castalia del ideal, «pura y cristalina como conciencia de virgen», nuestros cerebros dormidos, que así adquirirán vigor extraordinario y desarrollo magnífico, en la eflorescencia poderosa de una vida nueva que nos es desconocida: la vida intelectual.

GUILLERMO ANDRAVE,
(Socio Correspondiente)

Panamá.

BIBLIOGRAFÍA

Raza Nueva

Tal es el título de una novela, que ha llegado a nuestra Biblioteca, y cuyo autor es don Julio del Romero Leiva. La acción se desarrolla en la ya populosa y bella Buenos Aires, y la obra está enriquecida con cuadros de la vida real. Atentamente hemos leído esta novela de suyo interesante que—amén del naturalismo sutil que da gallardía a su desarrollo—nos presenta de una manera notable a la mujer argentina, haciéndola encarnar en Leonor. De la talla de Leonor será indubablemente la mujer del porvenir, en el resto de la humanidad, es decir, libre, instruida, amante y pensadora.

Muy interesante resulta también la descripción de la escuela contemporánea, que admirablemente trae a escena el señor Romero Leiva.

Agradecemos el envío, y hacemos votos porque la obra sea muy leída y alcance los ruidosos aplausos que bien se merece.

* * *

"Anforas"

Max. Henriquez Ureña, el brillante poeta y escritor dominicano, nos ha enviado, con honrosa dedicatoria, su bello libro de versos *Anforas*, que dió a la estam-

pa el año pasado en la capital de Cuba. Este joven cerebral es lo suficientemente conocido en el mundo de las letras americanas, y todo elogio que nosotros hiciéramos de su fecunda labor intelectual, resultaría insignificante ante el prestigio bien conquistado de que él goza en el campo de las altas letras. Para él van nuestros vibrantes aplausos.

* * *

Libros en preparación

Sabemos de que los distinguidos Socios Honorarios del Ateneo, doctor Alonso Reyes Guerra y don José Antonio López G., darán próximamente a la publicidad, cada uno de ellos, un libro: el primero sobre Derecho Internacional, y el segundo acerca de política y de tópicos filosóficos. El apareamiento de tales obras será recibido, a no dudarlo, con verdadero regocijo por el gremio intelectual de Centro-América, si se toma en cuenta de que sus autores tienen un puesto en primera fila en el movimiento cultural entre nosotros.

* * *

Parnaso peruano, ordenado por V. GARCÍA CALDERÓN.

La Casa Editorial Maucci, de Barcelona, consecuente en su labor cultural y literaria americana, acaba de dar a conocer, con el título arriba expresado, la valiosísima antología de poetas del Perú que el distinguido literato señor García Calderón venía preparando.

Está dividido el libro en cuatro secciones. Comprende la primera la poesía festiva, la segunda la poesía lírica, la épica la tercera y queda la cuarta consagrada a los poetas de la nueva generación, desde 1900 a 1914, formando así una obra completísima en cuanto a los autores elegidos y esmeradamente seleccionado, pues no en vano es el recopilador de la antología un escritor de gusto depurado, cuya personalidad no es necesario que encomiemos, pues es de todos conocida.

* * *

Mi Patria y mi Dama

La Casa Editorial Maucci, de Barcelona, se ha propuesto difundir con este vo-

lumen, el nombre de un poeta de la nueva generación que merece ser equiparado con los predilectos de las musas españolas. El prólogo del libro es de Cristóbal de Castro.

Juan Luis Cordero, encomiado ya por la crítica en anteriores libros, es un poeta todo inspiración y voluntad, que desde la humilde condición de obrero manual, ha sabido escalar las cimas de la fama, logrando justo renombre en su patria chica, Extremadura, renombre que con este admirable libro se extenderá por todo Hispano-América.

La musa de Cordero—ha dicho un ilustre crítico,—es genuinamente española. La patria grande, con su historia y sus épicas hazañas; la patria chica, con la feracidad de sus campos, con el verdor de sus olivares y la frescura de sus huertas, tienen para él un encanto tal, que las elige casi siempre por tema de sus canciones. Los esplendores de la Naturaleza se reflejan en el corazón de Juan Luis Cordero; y hasta cuando canta a la amada, armoniza el verso suyo con el sentir eterno, inmutable en el hombre: el amor. . .

* * *

La Leyenda del Sol

El autor de este libro, Rómulo D. Cármbia, pertenece al grupo joven de los hombres de letras con que cuenta hoy la República Argentina. En Cármbia señalan los críticos un caso de perfecta personalidad literaria y cuánto pudiéramos decir sobre el autor del libro ha sido dicho ya por la crítica.

La citada obra, que acaba de publicar la casa editorial Maucci, de Barcelona, inaugurando con ella la «Colección de escritores argentinos», es la leyenda de Apolo lanzado al mundo en una aventura harto curiosa, concretada por Heine en una de sus inmortales creaciones. Tema Cármbia en el prólogo que su LEYENDA DEL SOL resulte un libro exótico en la época actual, cuya psiquis—dice—tiene más de Cartago que de Atenas, pero este escrúpulo queda desvanecido al leer las primeras páginas del libro, escrito con la poética sencillez de los mejores clásicos.

Enviamos a Cármbia nuestro cordial parabién, por tan sazonado fruto de su cultura y de su arte y esperamos con anhelo la publicación de su magna obra «El Régimen colonial en el Río de la Plata», cuyo esbozo le valió tan entusiastas plácemes en la conferencia que dió dicho escritor en el Ateneo de Madrid, el año último.



La Trasmisión del Gobierno en Honduras

El veintiocho del presente mes, se efectuó en Tegucigalpa la solemne trasmisión del Gobierno. El señor Presidente Beltrand, en cumplimiento de un precepto constitucional, hizo entrega de la Suprema Autoridad de Honduras, en el Primer Designado para la Presidencia, el doctor don Alberto Membreño. Tan importante acto político en la vida de nuestras nacientes democracias, en medio de una paz sensata y fecundante, no es para dejarlo en el silencio, toda vez de que su trascendencia en la evolución de estos pueblos, tiene que marcar una nueva era en el triunfo definitivo de los ideales de paz y de prosperidad en Centro-América.

El reciente problema político de El Salvador, se ha repetido en Honduras, en donde como aquí, ha sido resuelto satisfactoriamente con el beneplácito de la mayoría sensata del patriotismo nacional.

Un muerto ilustre

En la capital de Guatemala, falleció, a principios del presente mes, el ilustre historiador y literato insigne, don Valero Pujol. La gloria de este incansable sembrador de cultura, pertenece, en su mayor parte, a Centro-América. Don Valero tendrá siempre un puesto preferente en el movimiento civilizador de los pensadores que trabajan dignamente por el progreso de los nobles ideales en nuestra Gran Patria.

Doña Matilde Loucel de Dutriz

Como un homenaje a la virtud de un hogar santificado por el amor y el trabajo, publicamos hoy, con todo gusto, el retrato de la estimable dama salvadoreña, doña Matilde Loucel, digna esposa de nuestro amigo el culto caballero don Antonio Dutriz.

Crisantemo

Para el "Ateneo de El Salvador"

Flor de ensueño, inmaculada como el alma de una virgen, como el sueño de una doncella. Flor de seda como las manos de mi amada.

Flor de inocencia, como la sonrisa de un niño, como la sonrisa inefable de una desposada.

Has temblado al contacto de mis manos porque al contar los pétalos que te exornan, me has descubierto un secreto: tienes tantos pétalos cuantos son mis dolores, mis martirios y mis congojas, y ante este descubrimiento, hondamente emocionado te puse sobre mi corazón, porque te amo, y desde entonces te venero . . .

Te amo porque como tú fueron blancos mis ensueños, muertos ya . . .

Una pasión honda, terrible y funesta los deshojó uno a uno . . .

Te venero porque eres la predilecta flor de la mujer a quien hondamente amo; y siempre que te mira mi alma te acaricia místicamente . . .

¡Crisantemo! Tienes el prestigio de un nombre musical; y si tu nombre fuera el de Ella, me arrojara ante la majestad de tu belleza y de tu cándida blancura

Marco Fortis.

Tegucigalpa, mayo de 1915.

Conferencias

Entre las muchas e importantes labores llevadas a cabo por el ATENEO DE EL SALVADOR, en el presente año, se encuentran las conferencias dictadas por los estimables socios don Juan Ramón Uriarte, don Francisco Gavidia y doctor Alonso Reyes Guerra. Podemos asegurar, con profunda satisfacción, de que esta Institución ha entrado en un período de intensa actividad, gracias al entusiasmo y a la

buena voluntad de los socios honorarios y de los activos, que se esfuerzan en poner su patriótico contingente intelectual y moral en bien de la cultura y del florecimiento de las letras patrias.

La Producción intelectual en Honduras.

Nos es placentero dejar nota de que están escritas y listas para ser publicadas las siguientes obras de varios jóvenes hondureños, a quienes felicitamos por su labor.

Libro de Lectura, por don Juan J. Castro y don Carlos Aguilar Pinel; destinado al segundo grado de las escuelas.

Aritmética Elemental, Geografía Intuitiva, Trigonometría Plana, Cuestiones de Geometría Moderna, Lecciones de Álgebra Superior y Lecciones de Geometría Analítica, por el Profesor de Estado y Lic. don Pedro P. Amaya, actual Director del Instituto Nacional de Tegucigalpa.

Geografía de Centro-América, por el Lic. don Félix Salgado.

Lecciones de Instrucción Cívica, por el Profesor y Lic. don José Angel Zúñiga Huete.

Geografía de Honduras, por el Profesor D. Ulir ses Meza Cáliz.

Colección de Cantos Escolares, por el Profesor D. Trinidad Fiallos.

Y hay otras más y de otros autores.

Este florecimiento intelectual en Honduras, que viene a sorprendernos de un modo tan grato, es honra de la juventud y promesa de grandes y gloriosos días para la Patria Centroamericana.

Ecce Homo . . .

(A mi amigo don Gustavo Marroquin).

¡Oh, el Maestro de Escuela! ¡oh, el valiente luchador que desafía las tinieblas! ¡oh, el hombre que, acosta de su cerebro, de su vida, forma el alma grandiosa de la Patria: los hombres! ¿Qué es del Maestro? ¿por qué esa alma seductora encuentra solo abrojos, ni una sonrisa, ni una florida esperanza en el solitario camino de su vida? ¿por qué así con el Apóstol, con el Cristo que lleva las jóvenes legiones a las altas cumbres donde se bañan los cerebros con los soles infinitos de la idea? ¿por qué? ¿por qué el indiferentismo? ¿por qué el oprobio para ese cruzado garzón de los más altos ideales? ¡oh, el Maestro de Escuela! ¡oh, el Maestro sublime que desde su aula solitaria dedica su vida a la hermosa Patria . . . !

¡Pobre Maestro! ¿Por qué miras tan triste la lontananza de tus sueños? ¿Por qué pasas de conocido, ignorado, de las muchedumbres ignaras? ¿qué te espera, después de que has formado colosos, que has forjado titanes, que has bruñido almas en el taller agosto de la Escuela? ¡Pobre de tí . . . ! Mañana te arropará el crespón de la bruma, y caerás rendido como un guerrero, con tu mochila bien repleta de tristes decepciones . . . ! Mañana has de caer, pobre Maestro, como árbol carcomido que el huracán derrumba, y verás que tus hijos, esos pedazos de tu alma, que no puden llamarse de otro modo, aquellos que bebieron en la fuente cristalina de tu cerebro y de tu existencia, se levantan fuertes y gallardos como el fecundo roble, en tanto que tú, pobre, descrepito, caminas tristemente apoyado en tu báculo, el resto del sendero: irás hacia el ocaso! Mañana los verás, y ni ellos mismos, ni la misma Patria, se acordarán siquiera de los rudos combates que sostuviste altivo por lograr su grandeza! Verás, con amargura, declinar tu vida como una tarde invernal . . . !

¡Es así tu destino, pobre Maestro! Tú que formas cerebros, que forjas titanes, que bruñes las almas en el taller agosto de la Escuela!

Fernando Amaya.

San Salvador.—1915.